

Paz de Rastadt, 6 marzo 1714.—Estos eran varios tratados particulares más bien que una paz general; pues uno de ellos podía romperse sin perjudicar á los demás. Sin embargo, el objeto de la guerra permanecía sin decidirse, pues el emperador no renunciaba á sus pretensiones sobre la España, pretensiones que habian costado treinta años de intrigas y catorce de guerra. Cuando Luis XIV consiguió aislarle de sus aliados, adoptó otro tono en las proposiciones que le dirigió; y á su negativa de aceptarlas continuó la guerra contra aquel príncipe, hasta el momento en que los triunfos de Villars le precisaron á negociar. Concluyóse la paz en Rastadt, entre aquel general y el príncipe Eugenio; en fin, los Estados del Imperio accedieron al tratado en Baden. Las estipulaciones de aquel tratado aseguraron al emperador Nápoles con el Estado de los *Presidios*, Milan, Mantua y la Cerdeña; recobró á Vieux-Brisach, Friburgo, Kehl, dejando á la Francia Estrasburgo, Landau, Huninga, Neuf-Brisach, y la soberanía de la Alsacia; los electores de Baviera y Colonia fueron relevados del destierro dado contra ellos.

Estos tratados habian sido precedidos por el de la Barrera (1715), hecho en Ambères con objeto de conceder los Países-Bajos á la casa de Austria, y proporcionarle los medios de defenderlos sin gastos, dando á los holandeses el derecho de mantener guarniciones en Namur, Tournay, Menin, Furnes, Warneton y Knocke.

De esta manera se daba una nueva distribución á la Europa, arreglando las diferencias que la habian agitado durante un siglo. La casa de Austria, á pesar de sus adquisiciones, veía el temido cetro de Carlos Quinto romperse entre sus manos, y elevarse al lado suyo la Prusia, de la que habia sido reconocido rey el elector de Brandeburgo, y añadido á sus Estados el ducado de Gueldres arreba-

tado á la España. El ejemplo dado por la Baviera declarándose en contra del Imperio, debía encontrar imitadores. La dignidad de la Francia se manifestaba cuando después de desgraciadas guerras podía salir de ellas con pérdidas poco considerables, y conservando el trono de España en la familia real. La rivalidad que duraba hacia dos siglos entre aquellos dos Estados, cesaba de existir; pero pronto se conoció cuán débiles son los vínculos de parentesco en política. El efecto principal de aquella paz habia sido separar de la España las provincias flamencas para adjudicarlas al Austria, con la idea de conservar el equilibrio, reprimir las disposiciones invasoras de Luis XIV, y defender al Austria, al Imperio y á la Holanda. En vano trataron los protestantes de obtener en el tratado algunas ventajas para sus correligionarios. Las potencias marítimas estipularon en ventaja propia, resultando un engrandecimiento en el sistema comercial. Pero la Holanda, á la que de Witt quería engrandecer por el mar y no por el continente, gastó trescientos cincuenta millones de florines en obtener el tratado de la Barrera, como garantía de su futura existencia. La Inglaterra habia dirigido la guerra y la paz; pudo, con el sistema de empréstitos introducido entonces, proporcionar subsidios y soportar enormes gastos. Entonces encontraba ventaja en permanecer unida al emperador, como dueño de los Países-Bajos, y podía ganar á su partido á la Saboya, como también á los príncipes del Imperio. Habiéndose unido á Portugal por el comercio, siendo partidaria suya la república de Holanda, y poseyendo ya más medios para seguir sus combinaciones políticas, quedaba árbitra del continente.

Los pueblos habian sufrido ciertamente más de lo que puede espresarse, pero nada se estipuló en su favor.

## CAPÍTULO XXVI

### MUERTE DE LUIS XIV.

Aquella larga guerra habia sido producida por culpa de Luis XIV, cuya ambición no conocía límites, resultando la independencia de toda la Europa. Negándose á ceder algo en un principio, se arriesgó á perderlo todo. La partición que las personas moderadas habian propuesto al comenzar la lucha se efectuó después; ¡pero cuánta sangre y dolores no costó!

De esperar era que los periodistas ingleses no perdonasen á Luis XIV. En el *Espectador* es acriminado repetidas veces: calculase en uno de sus números la disminución que con las conquistas habia causado en la población del reino en vez de aumentarla, sacando por consecuencia que aun cuando este rey hubiese sido un disoluto como Vitelio, habia causado menos mal á su pueblo: en otro lugar se vituperan la corrupción que se introdujo durante su reinado, la ostentación de las riquezas, la vergüenza de la pobreza, el cambio del amor en galantería y de la amistad en comercio, los perjuros del monarca y su vanagloria que le llevó hasta permitir que se erigiesen estatuas á su valor, á su fortaleza, y que entre el lujo y molición de la corte se aplaudiesen su magnanimidad y sus proezas militares.

La nación no se atrevía á insultar á aquella grandeza decaída, y hasta temía un porvenir más deplorable. Sin embargo, la población estaba diezmada, destruida la industria por la revocación del edicto de Nantes, y por la reacción de aquellos á quienes habia tratado de perjudicar con el sistema de Colbert, los campos aniquilados por enormes contribuciones, y provincias enteras reducidas á desiertos, por órdenes positivas ó persecuciones religiosas. Causaba desaliento ver al gobierno sucumbir bajo el peso de una deuda de 2,600.000.000, equivalente al doble en el día, recurrir á espedientes, desastrosos, crear empleos ridículos para ven-

derlos, pagar al 10, al 20 y hasta al 50 por 100 el dinero que la Inglaterra y la Holanda obtenían al 4; y sin embargo, no podía atender á sus necesidades; dejaba al ejército sufrir derrotas y humillaciones, á los habitantes morir de hambre y frío mientras que los arrendadores de las contribuciones seguían cobrándolas inexorablemente, hasta el grado de haberse rebelado ciertas provincias, y haber sido preciso tomar por asalto á Cahors. Bois-Guilbert, lugarteniente general en la bailía de Ruan, se expresaba en estos términos: «Las contribuciones se cobran con gran rigor, y lo menos la cuarta parte se consume en gastos. Sucede con frecuencia llevar las ejecuciones hasta el grado de coger las puertas de las casas, después de haberlas vaciado; algunas han sido demolidas para sacar las vigas y tablas y venderlas cinco ó seis veces menos de su valor. Escepto el hierro y el fuego, que gracias á Dios no se han empleado aun para forzar al pueblo, no hay medio que no se haya puesto por obra, y todas las provincias del reino están en la mayor ruina.» (1)

Vauban no hubiera sido menos grande en la administración que en la guerra. Educado entre el pueblo, su atención se fijó en sus sufrimientos; así es que se informaba constantemente del estado de las provincias, de los medios de mejorar su suerte,

(1) *Detalles de la Francia*, 1697.—Apareció en 1690, con fecha de Amsterdam, un opúsculo de doscientas veinte y ocho páginas en 4.º, que es muy raro, titulado: *Suspiros de la Francia esclava que aspira á la libertad*. Compónese de quince memorias, en las cuales un celoso católico espone los males causados por la tiranía de Luis XIV, la opresión de la Iglesia, de la magistratura, de la nobleza y del pueblo. Combate las pretensiones del poder absoluto, é invoca los derechos del pueblo y de los Estados Generales.

de los productos más ventajosos, de las medidas que se habían de adoptar para suprimir las contribuciones odiosas, refrenar la avaricia de los exactores, y aumentar las rentas del tesoro disminuyendo las cargas de los subditos. De esta manera hería grandemente los intereses de los que engordaban con la sustancia del pueblo; por lo cual le presentaban al rey como culpable de ofensa hacia él en la persona de sus ministros, y el crédulo Luis XIV, que se había servido de él para ceñir su frente con detestados laureles, le arrebató su favor y dejó morir oscuro y lleno de desaliento (1707). Si la verdad es una injuria, Luis XIV debió, en efecto, creerse ofendido por un libro del mariscal, en el que se demostraba que una décima parte de la población francesa se encontraba reducida á la mendicidad; que de las otras nueve décimas cinco no estaban en estado de dar limosna al necesitado, tres en mal estado, comprometidas en procesos y gastos: sólo quedaba una décima compuesta de nobles personas dedicadas á las armas y á la toga, sacerdotes, empleados, grandes comerciantes y rentistas que componen entre todos cien mil familias, de las cuales no había veinte mil que pudiese decirse que estaban bien.

No es este el lugar de examinar los remedios sugeridos por Vauban, fundados en una repartición igual y general de los impuestos, y en una aritmética política admirable para la época, tanto más, cuanto que en el siglo de los privilegios y del orgullo aristocrático, todas sus ideas tenían por objeto el bienestar de aquel pueblo en quien nadie pensaba, al paso que para él era el nervio del Estado. Ahora bien, Vauban se atrevió á hacer presente á Luis XIV, acostumbrado sólo á las alabanzas y aplausos por la felicidad que proporcionaba á sus súbditos, el mal que roía á los miembros inferiores, y amenazaba llegar pronto al corazón y á la cabeza (2).

Fenelon se había mostrado contrario á la guerra, que consideraba injusta, y había aconsejado á Felipe V renunciarse á un trono desastroso; después, cuando estalló, acudió á ayudar al hambriento ejército abriéndole sus propios graneros. Ahora bien, á sus ojos, el único remedio á tanta desgracia era convocar á los notables, y quería que el duque de Chevreuse persuadiese de ello al rey. «Nuestro mal, le escribía, procede de que esta guerra no ha sido ahora más que asunto del rey, que se encuentra arruinado y desacreditado. Sería preciso convertirle en asunto de toda la nación. Demasia-

(2) Vauban... Tal vez el hombre más honrado y virtuoso de su siglo... El más sencillo, el de más verdad y más modesto... El más deseoso de conservar la vida de los hombres, con un valor que le hacía tomar todo el trabajo para sí y dar las ventajas á los demás. Es inconcebible que con tanta rectitud y franqueza, incapaz de hacer nada falso ni malo, haya podido ganar, hasta el grado que lo ha conseguido, la amistad y la confianza de Louvois y del rey. SAINT-SIMÓN.

do lo ha llegado á ser; pues si se interrumpe la paz, toda ella se ve en próximo peligro de ser subyugada... El rey ha tenido la desgracia de quitar el dinero de manos de todas las buenas familias del reino para hacerle pasar sin medida á la de los contratistas y usureros... Mientras que el despotismo está en la abundancia, obra con más prontitud y eficacia que ningun gobierno moderado; pero cuando cae en el aniquilamiento, sin crédito, se queda absolutamente sin recursos. No obraba sino por pura autoridad; si falta el resorte no puede menos sino acabar de dejar morir de hambre á una población medio muerta, aun cuando tenga que temer la desesperación. Cuando el despotismo se encuentra notoriamente empeñado y en bancarrota, ¿cómo queréis que las almas venales, que han engordado con la sangre del pueblo, se arruinen por sostenerle? Es querer que los hombres interesados no tengan interés. Nuestro gobierno, despreciado en la misma Francia, es el que da tanta altivez á nuestros enemigos... Me direis que el rey es incapaz de recurrir á tales medios; que nadie se inclina á proponérselos, y que no está siquiera en estado de consultar, cuestionar, considerar á los diferentes talentos, comparar sus diversos proyectos, y decidir sobre sus pareceres. A esto contestó que es bien triste, que siendo el emético el único remedio que queda de salvar al enfermo, no tenga éste fuerza para tomarle, ni para sufrir la operación. Si el rey es incapaz del último medio para sostener la guerra, ¿qué se aguarda de él? Si la próxima ruina de su corona no le hace aun abrir los ojos, y adoptar pronto partidos proporcionados al peligro cambiando lo que hay necesidad de cambiar, ¿no está todo perdido? ¿Cómo se puede decir que el rey ve la mano de Dios y aprovecha la humillación, si una desmesurada altivez le hace desechar el único recurso que le queda, cuando se encuentra ya á orillas del abismo?... Me direis que Dios sostendrá á la Francia; pero os pregunto, ¿dónde está esta promesa; tenéis alguna garantía de estos milagros? La necesitáis sin duda para sosteneros como en el aire. ¿Los merecéis acaso en una época en que vuestra próxima y total ruina no puede corregiros, en la que aun sois duro, altanero, fastuoso, incommunicable, insensible, y dispuesto siempre á dejarros adular? ¿Se ha de apaciguar Dios por veros humillado sin humildad, confundido por vuestras propias culpas sin querer confesarlas, y dispuesto á comenzar de nuevo, si pudieseis respirar dos años? ¿Se ha de contentar Dios con una devoción que se reduce á dorar una capilla, rezar un rosario, oír una música, escandalizar con facilidad y desterrar algun jansenista? No sólo se trata de concluir la guerra fuera, sino de dar pan en el reino á los pueblos moribundos, restablecer la agricultura y el comercio, reformar el lujo que gangrena todas las costumbres de la nación, recordar la verdadera forma del reino, y templar el despotismo, causa de todos nuestros males. Se aplaude la devoción del rey, porque no se irrita contra la Providencia que le humilla.

Se contentan con creer que no ha cometido ninguna importante culpa, y que se considera como un santo rey que Dios prueba, ó á lo más como un rey que ha pecado, como David, por la fragilidad de la carne en su juventud. ¿Le dicen acaso que es preciso que conozca que trastornando todo el orden es como se ha hundido en el abismo, de donde parece que nadie puede sacarle? (3)

¿Pero el poder absoluto tiene en sí algun medio de corregirse, y debía esperarse que semejante despotismo se decidiese á discutir en presencia de sus súbditos, sobre materias en las que siempre había decidido soberanamente? No podía existir verdadero despotismo donde aun subsistían los privilegios del clero, de la nobleza, de las municipalidades, del parlamento. Si consiguió deslumbrarlos, su oposición desarrolló el espíritu nacional, avivado aun por el esplendor de Luis XIV, y por el respeto que habían generalmente inspirado. Pues si en España la monarquía pura asesinó á la nación, en Francia se asoció á todos los progresos. Luis XIV, como su representante, amenazó el equilibrio político, tanto más, cuanto que la civilización francesa encontraba simpatías en Europa; pero le salió al encuentro el príncipe de Orange que representaba la independencia. Toda la Europa tuvo que elegir entre los dos, y lo que parecía una lucha de odios y frívolos celos llegó á ser una guerra de principios.

Felizmente la obstinación de los enemigos de Luis XIV en querer arrebatárselo todo, lo redujo á la obligación de restituírle lo que había ya perdido; y en la paz algunos rayos de su antigua gloria brillaron en sus últimos días. Era natural que la Francia perdiese aun siendo fuerte; ¿pero era justo el objeto de Luis XIV? ¿lo consiguió? Pensaba restablecer los Estuardos, y los vió irrevocablemente rechazados por la nueva dinastía, que hizo á la Inglaterra árbitra de la Europa. El Imperio era tan débil, y tan ocupado se encontraba su jefe de otra cosa que del cuidado de conservar su dignidad, que no debe causar admiración el que Luis XIV consiguiese estender sus fronteras por aquella parte; pero los medios fueron detestables, y la misma debilidad no puede servirle de excusa. Quería abatir á la casa de Austria, y esto empleando hasta á los turcos, y por el contrario, reanimando en ella el espíritu militar, la sacó de su entorpecimiento, de manera que se libró para siempre de las amenazas de los musulmanes, consolidándose en lo interior, y destruyendo á los rebeldes favorecidos por el rey de Francia. Es cierto que colocó á uno de sus hijos en el trono de España; pero fué ayudado por las faltas de sus adversarios, por la caída de Marlborough, por la muerte de José I; en fin, fué con tantas restricciones, que aquel país llegó á ser extraño á la Francia, y hasta su enemigo.

(3) Carta del 4 de agosto de 1710, que merece ser leída toda.

Quiso oprimir á la Holanda, y sepultó su fortuna en los mismos pantanos en que la había perdido Felipe II. Quería abatir á Guillermo de Orange, y le proporcionó la ocasión de mostrarse grande en medio de numerosos obstáculos, de celos de la libertad, y en frente de un enemigo poderoso y absoluto.

Si se le compara con aquel príncipe, su rival personal y enteramente opuesto á su política, Luis XIV se presenta rodeado de artistas y literatos, con una pleyade de hombres ilustres: Guillermo sólo con su constancia. La ambición del rey le inclina á atacar la libertad de los pueblos; Guillermo la defiende por su cuenta y riesgo; acoge á las víctimas de la intolerancia de su enemigo, haciendo prosperar las artes y la literatura á medida que abandonan á la Francia. Luis XIV puede lo que quiere: Guillermo se ve encadenado por una constitución sospechosa; pero trata de alargar su cadena y no de romperla. De esta manera consigue que los ingleses le llamen para garantizar su libertad de la feroz tiranía de los republicanos y del envilecimiento que produce el yugo de los Estuardos. Luis XIV señala los primeros años de su reinado con brillantes victorias: Guillermo pierde todas las batallas; pero se repone con la constancia, y concluye por conseguir la victoria. En fin, Luis XIV termina su carrera en la miseria y el abatimiento, al paso que Guillermo acaba sus días sobre un trono al que ha sabido dar brillo, reconociendo los privilegios del pueblo que le llamó.

Mezclando Luis XIV la violencia en los asuntos de la Iglesia y de la fe, amenazó por una parte hacer estallar un cisma, y escitó por otra una reacción, que no debía tardar en declararse en una guerra decidida entre el trono y el altar.

Si ascendió á la Francia al primer rango entre las naciones, las dificultades habían sido ya vencidas por Richelieu y por la regencia, pero comprometió el designio de Enrique IV y de los ministros de su padre, estendiéndole demasiado: de esta manera suscitó el odio, la desconfianza, la sed de venganzas, que tanto más vivas cuanto más comprimidas se encuentran, fueron el sentimiento general de toda Europa: culpas graves que produjeron más tarde su efecto precisamente cuando cesaban las provocaciones, y cuando sus grandes generales habían formado los del enemigo.

Luis XIV hubiera podido, por sus propios méritos y por los de los personajes de que se hallaba rodeado, con un parlamento que hacia la voluntad del rey, con un pueblo que consideraba la gloria del soberano como la suya propia, labrar la felicidad de su nación, al paso que no pensó más que en enervar todas las fuerzas de la constitución, inspirando temor y deslumbrando las miradas. Envía á perecer á remotas tierras á los veteranos acostumbrados á la guerra civil, se arroga las promociones militares, y funda sus proyectos, no en la capacidad del pueblo, sino en su paciencia. Un ceremonial tan costoso como lujoso lo aísla de la

nacion; sus ministros, á ejemplo suyo, se separan tambien de ella, y se convierten en tiranos misteriosos celosos del bien que puede hacerse sin ellos. No le bastaba que el parlamento fuese docil, le era preciso que fuera mudo, que el clero estuviese avasallado, y preparó para su sucesor la continuacion de la nulidad nacional.

Si Luis XIV hubiese conocido las necesidades de lo futuro, hubiera apoyado el trono sobre bases más sólidas, en lugar de elevarlo sobre la inviolabilidad del despotismo. La Fronza le habia mostrado la fuerza de la clase media; debia, pues, haber pensado en organizar este tercer Estado tan vivo. Al lado de una cámara de nobles, desviados de las turbulencias, llamados á dar consejos al Estado, hubiera podido, establecer una cámara de la clase media, que hubiera sido un admirable auxiliar para el monarca, y esto cuando le ofrecia el ejemplo la Inglaterra. De esta manera hubiera evitado la revolucion, á la que, por el contrario, dió impulso, oprimiendo á la nobleza, y excluyendo á la clase media de las distinciones honoríficas. Pues si la nobleza, que se encontró mucho tiempo debilitada por las numerosas pérdidas á que la espuso, con el titulo de gloria, en San Gotardo, en Candia y en Argel; si el pueblo pareció contentarse con la seguridad y protección que obtenia, aquel estado de cosas no podia ser más que temporal, y debia ceder el puesto á la inquieta esperanza de favorables circunstancias para efectuar, por la fuerza, lo que por el derecho no se podia conseguir. Sea lo que se quiera, la mania de las conquistas, y la incapacidad ó la mediania de los consejeros, de que se rodeó en su ancianidad, hicieron que Luis XIV fuese maldecido por los extranjeros y por la misma Francia, desde el momento en que cesó la ilusion de su gloria.

Aquella ilusion tuvo un término. A medida que desaparecian los grandes hombres que le rodeaban el entusiasmo hácia el gran rey se entibiaba: no podia dirigirse el odio contra los ministros, cuando habia querido atraerlo á sí, no existiendo ya las libertades, se sabia que todo procedia del rey. Era preciso que reducido el Estado á un hombre, se asociase á la suerte de aquel sér frágil. Los cortesanos, que le veian de cerca, se burlaban de él en secreto; los que respetaban aun al rey con sus errores, eran aquellos que le habian adulado menos en su prosperidad, por ejemplo, Fenelon; y el pueblo, que compadecia sus pesares domésticos, y cuyo dolor fué noble y desinteresado, como todo lo que procede del pueblo.

El principio y fin del reinado de Luis XIV recuerdan aquellas máscaras antiguas, que por una parte representan la risa, y por la otra el llanto. El fastidio llegó á ocupar el vacío que habian dejado las vastas ideas; á los grandes dolores sucedieron los grandes cuidados, aun más difíciles de soportar. Las mezquinas persecuciones, las sentencias reservadas por jansenismo, la pequeña oposicion del cardenal de Noailles, entrísticieron á un

reino humillado en el extranjero. Luis XIV creia tan importante domeñar á Quesnel ó á las religiosas de Port-Royal, como rechazar al príncipe Eugenio de las fronteras del reino. Se privaba, por sus opiniones, de los servicios útiles de hombres que pensaban de otra manera que él (4); aunque luchando entre el deseo de reprimir la herejia y el temor de maltratar á la virtud. Los grandes talentos que Luis XIV habia favorecido en otros tiempos, fueron considerados culpables, ora porque mostrasen tibieza, ora porque se atreviesen á sustituir la verdad á eternos elogios. Cubrióse de reliquias, como Luis XI, y la devocion de la corte fué, á ejemplo suyo, demasiado general para no ser sospechosa de hipocresia. Al mismo tiempo se diria que se habia tratado de distraer al pueblo de los males públicos, corrompiéndole y fomentando sus pasiones. Las composiciones de Dancourt y Legrand aparecieron en el teatro, donde ostentaron más licencia que las de Scarron y Montfleury; la ópera cómica estaba llena de obscenos equívocos. Conservóse el lujo de costumbre (5); á falta de placeres y gloria, aunque fué más oneroso por la penuria de las rentas. Sobreviviendo Luis XIV á todos los hombres que le habian formado una aureola, á su hijo, á sus nietos, se vió rodeado de un pueblo que obedeció por rutina, pero sin entusiasmo; no se dirigió ya sino por los consejos de su confesor y por los de la mujer que le dominaba. Madama de Maintenon, que participaba de su poder y de su fastidio, se vió obligada á sufrir los cuidados de aquella condicion, y el suplicio de divertir á un anciano gastado. Al mismo tiempo, la necesidad de tener con él reserva en sus discursos, le impidió mostrar una voluntad firme, y le precisó á recurrir á la intriga (6).

(4) En el momento de marchar el duque de Orleans para la expedicion de España, diciendo al rey que llevaba consigo por secretario á Fonpertuis, ¡Cómo! exclamó Luis XIV, ¿no es jansenista?—Puedo asegurar á V. M. replicó el duque, que no cree siquiera en Dios; y con esto se serenó el rey. El valiente Duquesne era protestante, así es que no fué recompensado; y el rey le puso en el caso de darle esta contestacion: Señor, cuando peleaba por V. M. no pensaba nunca sierais de diferente religion que la mia. Cuando su hijo se espatrió por la revocacion del edicto de Nantes, se llevó á Suiza el cadáver del ilustre marino, é hizo poner sobre el sepulcro que le recibió en Eaubonne: La Holanda ha erigido un mausoleo á Ruyter; la Francia ha negado un poco de tierra á su vencedor.

(5) En 1712 el bastardo más joven del rey tenia en sus caballerizas doscientos cincuenta caballos. *Memorias de DANGEAU*, 5 de octubre de 1712.

(6) Montesquieu se espresa de esta manera en sus *Pensamientos sueltos*. «Luis XIV no era pacífico ni guerrero. Tenia las formas de la justicia, de la política, de la devocion, y el aire de un gran rey. Afable con su servidumbre, liberal con sus cortesanos, avaro con sus pueblos, inquieto con sus enemigos, despótico en su familia, rey en su corte, duro en sus consejos, niño en los pareceres de la conciencia, engañado por todo el que hacia de príncipe ó

Mas que indulgentes los franceses con respecto á las galanerias de sus reyes, no perdonaron nunca á Luis XIV aquel afecto hácia una mujer que no se atrevia á hacer pasar por querida, ni á reconocer como esposa, por lo que no encontraron en ella nada tierno ni joven, nada capaz de despertar el interés.

Se dejaron deslumbrar por un rey joven hasta el punto de no ver sus culpas; y en el viejo no reconocieron las virtudes que en él desarrolló la desgracia. De aquí es que Luis tuvo que probar los escesos de la grandeza y de la depresion, el ruido de las alabanzas y la reaccion del menosprecio, hijos más del despecho que de la verdad; y no obstante, sin perder nada de la íntima confianza en sí mismo, ni de su autoridad sobre el pueblo, ni de su arbitrariedad y altanería, enviaba á su nieto al trono de España con recomendaciones tiránicas, prodigaba el oro para engrandecer á Marly, y en medio de aquella furia fatal por construir monumentos (7), urdia tramas en Inglaterra y meditaba la reunion de un concilio nacional para proscribir la mitad del clero. Nunca en medio de tantos escritos, en los que se muestra cuidadoso de la opinion, se le escapa una sola palabra que revele el deseo de ser amado. Ahora bien, dejaba morir el pais pobre, y al mismo tiempo poseia inútiles tesoros en pedrería, suntuosos muebles y palacios: una numerosa servidumbre que recompensar, varios hijos naturales, cuyo porvenir afligia su corazon. Habia reducido al parlamento á tal servilismo, que en contra de las leyes del pais le hizo declarar, que á falta de herederos legítimos descendientes de su persona, sus hijos naturales legiti-

de ministro, por las mujeres y por los devotos, gobernando siempre, y siempre gobernado, desgraciado en sus elecciones, aficionado á los tontos, sufriendo y temiendo el talento, serio en sus amores, débil en su última pasion hasta el extremo de causar lástima; sin ninguna fuerza de espíritu en sus buenos sucesos, seguridad en sus reveses ni valor en su muerte. Amó la gloria y la religion, y toda su vida le impidieron conocer una y otra. No hubiera tenido casi ninguno de estos defectos si hubiera sido mejor educado y tenido un poco más de talento. Tenia el alma más grande que el espíritu. Madama de Maintenon abatia sin cesar aquella alma para ponerla á su nivel.»

(7) En la declaracion de 1660, el rey amenaza con galeras al obrero que trabaje en París en otras construcciones que en el Louvre. Versailles fué asediada por millares de pobres, hasta el grado que fué preciso emplear á los soldados para alejarlos. Como le pidiese madama de Maintenon dinero para consolar ciertos indigentes: *Un rey de limosna*, le dijo, *gastando mucho*, palabra preciosa y terrible, exclama Juan Bautista Sacy, que manifiesta cómo puede erigirse en principio la ruina.

mados sucederian en la corona (8). La nacion que le habia aplaudido cuando se presentaba en el ejército entre su mujer y dos queridas, se creyó entonces insultada por aquella pretension del rey devoto de querer dar la corona de san Luis á los frutos de un doble adulterio. Tuvieron estos gran parte en su testamento; pero debió conocer que las facciones de la corte no esperarían, para estallar y destruir su obra, más que el tiempo que le durase la vida.

En sus últimos momentos decia á su heredero: «Hijo mio, no olvidéis vuestras obligaciones para con Dios; procurad vivir en paz con vuestros vecinos. He amado demasiado la guerra; no me imitéis en esto ni en los escesivos gastos. Tomad parecer en todo; tratad de conocer lo mejor y seguidlo. Consolad al pueblo con todo vuestro poder, y haced lo que yo he tenido la desgracia de no hacer.» Fué un relámpago momentáneo. Todos se admiraban de la tranquilidad de su conciencia, hasta el grado de que las gentes timoratas concebían serios temores por su salvacion. El hecho es que después de haberse confiado toda su vida á otros, sin siquiera sospechar que se atreviesen á engañarle, entregaba aun entonces el asunto más importante para él, á los directores de su conciencia á quienes sólo decia: «Si me habeis engañado habeis hecho muy mal.»

Aun respiraba, y era ya abandonado por aquellos que le habian incensado con miras interesadas; hácia el duque de Orleans, designado como regente, se dirigían todas las miradas. Madama de Maintenon se retiró á Saint-Cyr (9) como si la religion le prescribiese otro asilo que la cabecera de su esposo, á quien tributaron los últimos cuidados mannos mercenarias.

La madre de Luis XIV le habia dicho en su infancia: «Procura asemejarte á tu abuelo, no á tu padre; pues lloraron en la muerte de Enrique IV y rieron en la de Luis XIII.» En la suya, Massillon no le dispensó de los ataques acerados en su discurso de recepcion en la Academia; en Roma le negaron las exequias reales; París dispuso espresamente tiendas para beber, cantar y divertirse como en un regocijo público. No recordando la muchedumbre más que diez años de miseria é hipocresia, insultó sus funerales, ultrajó su nombre y el de su mujer, prometiéndose en el reinado de su sucesor gloria y esplendor: ilusion de costumbre en los pueblos desgraciados.

(8) Enrique IV habia ya hecho legitimar á un hijo que tuvo de Gabriela de Estrees, á fin de que pudiese tener derecho á la sucesion del trono, como espresaron las cartas.

(9) Sólo salió de él muerta en 1719.